



formal, eran perjudiciales en un caso en que habia que proceder como de rebate. Así fué que el gobernador tuvo tiempo de reparar las obras y prepararse á una vigorosa defensa; Suchet, dejando á Harispe el cuidado del Jucar, pudo llegar á tiempo en su socorro; y tambien de Barcelona acudieron ocho mil hombres, á los cuales debia seguir inmediatamente todo el ejército de Cataluña. El perezoso Murray, viéndose así amenazado, ordenó el reembarco, que pudo efectuarse sin quebranto á presencia de sus contrarios, gracias á lo inconcebible que parecia á éstos semejante resolucion, pues supusieron que seria una celada, contra la cual se previnieron. Retiróse la expedicion sin otro fruto que haber volado el castillo del Coll y cogido diez y ocho cañones, y teniendo la desgracia de encallarse en los Alfaques y perderse cinco buques. Murray, sujeto en su país á un consejo de guerra, obtuvo un fallo que salvaba su intencion, pero que lastimaba su capacidad.

Por la parte de Palamós se hizo otra tentativa en menor escala, que favoreció el baron de Eroles, pero que tampoco dió resultado.

Gozoso volvia Suchet á proseguir sus operaciones en la línea del Júcar, que en su ausencia habian atacado en vano los españoles, sufriendo los del duque del Parque un rudo golpe en Carcagente, cuando le llegó la noticia de la rota de Vitoria y la retirada á Francia de José y todos los ejércitos con que operaba. Fué como un rayo, que redujo á cenizas sus glorias y esperanzas. El ministro de la guerra de Francia le habia dicho que sostuviese tenazmente hasta esperar el resultado de la segunda campaña del emperador contra Rusia; mas érale imposible resistir el peso de las fuerzas que cargarian sobre él ensorbecidas con tan grandes triunfos: harto le dolia tener que abandonar tierra tan florida y pingüe, de la cual se tenia por señor.

Siéndole, pues, forzoso retirarse, hizolo dejando guarniciones en los puntos fuertes del tránsito para que le asegurasen el retorno en el caso de una nueva invasion. Salió el 5 de Julio de Valencia, que fué ocupada en seguida por los españoles, y en Denia, Murviedro, Peñíscola, Morella y Tortosa dejó los refuerzos suficientes bajo las órdenes de gobernadores de

su confianza. Desde el último punto varió Suchet de camino, dirigiéndose hácia Aragon con objeto de recoger las fuerzas de Musnier que andaban por allí esparcidas, como lo consiguió, y salvar al general Paris, que estaba aprisionado en Zaragoza por la gente de Mina, ordenándole venir á juntarse con ellos en Mequinenza.

Pero Paris se vió obligado á buscar por sí sólo su propia salvacion. Despues de haber intentado dos veces arremetidas contra los cercadores, que fueron valerosamente rechazadas con grande estrago, viendo que se aumentaba la fuerza de éstos con las tropas de Duran, evacuó la ciudad á tanta costa ganada, dejando guarnicion en la Aljafería y cortando un ojo del puente para retardar la persecucion.

A pesar de eso, Mina, sin entrar en Zaragoza, por no perder momento en ocasion tan propicia de lograr la expulsion, vadeando el Ebro, se fué tras él, y alcanzándolo tres veces entre Lecinena y Alcubierre, otras tantas lo derrotó: en la última le cogió la artillería y el rico botin que habia sacado de Zaragoza. Así aligerado, pudo por fin meterse en Francia por Jaca, cosa que tuvo á grande dicha sabiendo quién era su perseguidor.

Volvióse entonces éste á Zaragoza, donde se metiera Duran. Habiendo andado éste harto tibio en el cerco de la Aljafería, llegó todavía á tiempo de alcanzar su rendicion el 2 de Agosto por habérsela encomendado Wellington á él solo y mandado á Duran que fuese á ayudar las operaciones de Cataluña. Favoreció la rendicion del citado castillo la explosion de un depósito de granadas que arruinó un lienzo de la muralla. Daroca, Mallen y otros fuertes se le entregaron en breve, no quedando al francés en todo el territorio de Aragon otros puntos bajo su bandera que Jaca y Monzon, contra los cuales envió gente, mientras él, por orden de Wellington, se restituia á Navarra para cooperar al sitio de Pamplona.

No teniendo ya que hacer en el antiguo distrito de su mando, Suchet cruzó el Ebro á mediados de Julio por Mequinenza, Mora y Tortosa, y anduvo hasta Villafranca de Panadés, desde donde podia, segun conviniese, acudir á Tarragona ó á Barcelona. Siguiéron sus al-



cances Copons, Bentink, sucesor de Murray, con la expedicion anglo-siciliana, la division española de Wittingham, el duque del Parque y luego Sarsfield, sin descuidar por eso la rendicion de las plazas que quedaban á su espalda por el enemigo, de las que fué ya embestida el 29 de Tarragona.

El enemigo, conociendo que tendria al fin que rendirse á fuerzas tan considerables, reunió treinta mil hombres para salvar los dos mil que habia dejado de guarnicion.

Lo logró sin choque, porque á su presencia, huyendo los nuestros de evitar un revés en aquellas circunstancias, se replegaron sobre el Ebro á mejores posiciones. Suchet tambien, no pensando entonces en seguirlos, recogida su gente, voló las fortificaciones que aún conservaba Tarragona, y se retiró á la línea del Llobregat.

Volvieron á avanzar nuestras divisiones, pero en breve retrocedieron en parte de nuevo y repusieron el Ebro, llamadas á Navarra por el duque de Wellington.

Napoleon, enojado con la desgracia de Vitoria, que achacó á la impericia de José y Jourdan, los separó del mando y nombró en su lugar á Soult con el título de su lugar-teniente en España (1.º de Julio en Dresde).

El mariscal á cuyo cargo se ponía la difícil empresa de restaurar á los franceses en la posesion ó ocupacion de España, refunde animoso todos los ejércitos en uno sólo, que divide en tres cuerpos bajo las órdenes de Clausel y los condes de Reille y Erlon, con una reserva al mando de Villate, á la cual iba unida la caballería ligera de su hermano y la pesada de Tilly y Treillard. Habla en seguida á sus soldados, estimulándoles con el pillaje. «Plantaremos en breve, les dice, nuestras tiendas en tierra española, y de ella sacaremos los recursos que nos sean necesarios. Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos, y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.» Así blasonando, se dirige en busca de los aliados, que seguian al frente de San Sebastian y Pamplona.

Los anglo-portugueses habian puesto sitio formal á la primera de estas plazas, fuerte por

la naturaleza y el arte, aunque no exenta de graves defectos. La ciudad, que no pasa de unos trece mil habitantes, está asentada al pié de un monte rodeado del mar, ménos por un punto bastante angosto que conserva la comunicacion con tierra. Defienden esta entrada el hornabeque de San Carlos y el recinto principal, cuyos fuegos protege el castillo de Santa Cruz de la Mota, que corona el monte, todo guarnecido por cuatro mil hombres á las órdenes del general Rey; mas por la parte que baña el Urumea, rio de pobre caudal, quedan, sobre todo en las mareas bajas, varios puntos accesibles cuyas ventajas no se ocultaron á sir Graham.

Levantadas baterías en las alturas que dominan esta parte, mientras ellas batian la muralla entre los cubos de los Hornos y Amezqueta, dirigió sus refuerzos contra el convento de San Bartolomé, situado á unas setecientas varas por el Istmo, para batir mejor desde allí las obras de aquel frente. Fué preciso emplear la bala roja, arruinar el convento y acometer despues á la bayoneta para apoderarse de los escombros en que todavía se sustentaban los valientes defensores. Ocho dias despues, rechazada la intimacion de rendirse, intentó el asalto la brigada de Hay por la brecha abierta entre los dos citados cubos, pero fué rechazada. Wellington, concurriendo allí, estaba ya para dar otro asalto, cuando supo que Soult invadia de nuevo á España con fuerzas considerables. Convirtió el sitio en bloqueo, retirando la artillería, y marchó á su encuentro.

Entraron los franceses por el puerto de Maya y Roncesvalles con ánimo de dirigirse á Pamplona; pero estaba tan bien guardada la frontera, tan acertadas fueron las disposiciones del general inglés y tan hábilmente ejecutadas, que al cabo de ocho dias de porfiados combates por aquellas escabrosas montañas, los aliados acampaban en las posiciones que tenian antes de la invasion, nuevamente repelidos los franceses (1.º de Agosto). Tuvieron éstos en tan breve campaña la pérdida de más de ocho mil hombres: seis mil los aliados entre muertos, heridos y extraviados. Fué, sin embargo, una de las que más honraron los talentos militares de ambos caudillos, por las dificultades que



ofrecia el terreno, tanto para la invasion, como para salir á su encuentro.

Los defensores de Pamplona, á la noticia de los socorros, habian hecho una salida, que hubiera sido funesta sin la oportuna asistencia de Carlos de España, á cuyo cargo dejó Wellington la continuacion del sitio, en tanto que él se dirigia á proseguir el interrumpido de San Sebastian.

Colocadas nuevas baterías y practicables las brechas, dieron las tropas anglo-portuguesas el asalto al medio dia del 31 de Agosto. Furiosa fué la pelea, y aún más tiempo durara si la explosion de un almacen de materias combustibles, aterrando á los defensores, no los moviera á guarecerse en el castillo. Lanzáronse los sitiadores dentro, y cuando albergados y generosos los moradores, salian á su encuentro con los brazos abiertos á saludar y obsequiar á sus libertadores, principió una escena de vandalismo que cubrió de baldon eterno la victoria. Los sitiadores trataron á San Sebastian como á una ciudad enemiga sojuzgada: «robos, violencias, muertes, horrores sin cuento y atropelladamente.

Ni la ancianidad decrepita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca que, furiosa, forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera. ¡Qué deshonra y atrocidad!! Tras ella sobrevino al anochecer el incendio, si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; sólo sesenta casas se habian destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto cuarenta, de seiscientas que antes San Sebastian contaba... Más de mil quinientas familias quedaron desvalidas...»

Las autoridades españolas y muchos vecinos, reunidos en la comunidad de Zubieta, clamaron, pero en balde, contra tan feroz comportamiento, en sentidas y enérgicas representaciones al duque de Wellington y al gobierno de la nacion. Fueron inhumanamente desatendidas, de modo que sólo á sus propios sacrificios se debió el que, pasados algunos años, reapareciese en pié bajo un nuevo plan aquella ciu-

dad, que es hoy una de las más hermosas de España.

Los franceses hicieron los mayores esfuerzos por socorrer á la bizarra guarnicion de San Sebastian, pero los rechazó en todas las tentativas el 4.º ejército, ahora al mando de Freire, que cubria la frontera del Bidasoa. Al alborar el 31 de Agosto arrollaron los primeros puestos abocados al vado de Saraburo, por donde penetraron, y se posesionaron de la altura de Irachaval. Desde allí se dirigieron contra las posesiones de San Marcial y Soroya, que ocupaban nuestros soldados, donde sólo alcanzaron momentánea fortuna. Temprano todavía, echaron un puente volante por el sitio de las Nasas y penetraron nuevas columnas, que derramaron inútilmente su sangre tratando de desalojar de San Marcial la brigada que manda el bizarro Porlier. La última tentativa fué dirigida contra el mismo punto y toda nuestra izquierda. En el primer ímpetu se apoderaron de una de aquellas cumbres; pero, concurriendo allí bastante gente acaudillada por Mendizábal, viéronse por última vez arrollados, pues se les persiguió hasta hacerles repasar el rio. Los de Irachaval, observando esto y que el rio con la reciente lluvia amenazaba tener una grande crecida, se apresuraron también á repasarlo. Por el extremo de la derecha habian ensayado un ataque no más afortunado. La gloria de estas acciones cupo casi exclusivamente á los españoles, que perdieron entre muertos y heridos, si bien ménos que los franceses, sobre mil seiscientos hombres. Wellington llegó á la conclusion para admirar su valor y decir despues que se habian comportado «cual los mejores del mundo.»

No obstante, el general Rey, encastillado en el de San Sebastian, seguia arrogante desechando las intimaciones que se le dirigian.

Fué necesario tomar el convento de Santa Teresa, contiguo al cerrro del castillo, y que empezasen á maniobrar en brecha baterías que contaban entre cañones, obuses y morteros cincuenta y nueve piezas, para que al medio día tremolase bandera blanca (8 de Setiembre). Los cuatro mil hombres habian quedado reducidos casi á la mitad; lauro sobrado costoso para los vencedores, pues perdieron la vida ó



quedaron heridos al pié de las murallas de San Sebastian cerca de dos mil quinientos.

No era sólo en España donde se eclipsaba el astro de la Francia, pues, aunque en Lutzen, Bautzen y Wurtchen despidió nuevos destellos, tuvo Napoleon que consentir el 4 de Junio en el armisticio de Plesswitz y seguidamente en la celebracion de un congreso en Praga con las potencias beligerantes.

Imposible fué concertarse, porque los aliados, orgullosos ahora con los halagos de la fortuna, aumentaban sus exigencias, y por su parte Napoleon, acostumbrado á humillar coronas y á sobreponerse á la misma suerte, no queria despojarse del manto imperial por sus propias manos. Pero, al separarse de allí las potencias beligerantes para continuar las hostilidades, tuvo que ver el hijo ingrato de la revolucion cómo el Austria, cortando los lazos de familia, por cuyo medio habia creído asegurar su dinastía, se unia á la liga general, y le declaraba la guerra el 12 de Agosto.

Nada faltaba, pues, para que las grandes potencias de Europa cayesen de consuno sobre la Francia. Resuelto Wellington á plantar sus reales al otro lado del Bidasoa, corrió sus órdenes por toda la línea, que se extendia desde el monte Aya, en la izquierda, hasta los Alduides, donde se hallaba Mina, bloqueando con un trozo á Jaca y amenazando con otro á San Juan de Pié de Puerto y el valle de Baigorri. Dadas en la noche del 6 de Octubre las señales, con un cohete y tres ahumadas, verificóse el avance y el paso del rio por todos los vados que ofrecia, con grande arrojo y fortuna. Todos los primeros puestos del enemigo estaban ya el 9 en su poder, habiendo sacrificado para ello poco más de mil quinientos hombres. La mayor pérdida fué de los españoles, por haber encomendado los puntos más arriesgados al 4.º ejército y al de reserva que, bajo las órdenes de Freire y de Jiron, acompañaban á Wellington. Cupo á este ejército la gloria de ser el primero de la alianza europea que hollase el territorio, poco antes tan respetado de la Francia, que no tendria ahora para salvarse de tal humillacion otra convencion y otro comité de Salud pública.

Con este avance perdió la guarnicion de

Pamplona toda la esperanza de ser socorrida. El general Casan, que la regía ahora, hizo el 10 una salida de buen comienzo pero desastroso fin, porque Carlos de España y el principe de Anglona arrojaron á la bayoneta á sus soldados de un puesto que les habian tomado en un ataque brusco. Renunciando entonces el francés á sostener por más tiempo la plaza, tuvo el pensamiento de arrasarla; pero le amenazaron los españoles con pasar á cuchillo la oficialidad entera y diezmar la guarnicion si tal verificaba; y aunque respondió altivamente, á los pocos dias, el 31, firmábase la capitulacion, quedando todos prisioneros de guerra. Con esto ya no quedaba en poder del enemigo por esta parte de España más que Santoña, puesta en bloqueo.

Así que Wellington supo que estaba su espalda asegurada, decidió proseguir su avance arrojando á Soult de las márgenes del Nivelles, que desagua cerca de San Juan de Luz. Formaban sus posiciones un semicírculo desde Urrugne hasta Espelette y Cambo, resguardado con una línea de reductos y atrincheramientos, aprovechando las ventajas que ofrece aquel terreno quebrado. No obstante, Wellington da el 10 de Noviembre la orden general de acometida, y tan feliz como en la anterior, dos dias despues todo su ejército acampaba en la margen derecha del Nivelles, y se recogia Soult, perdidas todas las fortificaciones, al campo atrincherado que, á prevencion, hacia algun tiempo se habia formado en Bayona. Tres mil hombres costó este paso más, recogiendo en compensacion mil quinientos prisioneros, cuatrocientos heridos y cincuenta y un cañones: la pérdida de muertos fué también mayor de los franceses.

Los temporales y la crecida de los rios detuvieron á Wellington en San Juan de Luz, algunos dias, durante los cuales, en vista del estado miserable de nuestros soldados, casi desnudos y mal racionados, de la dificultad de los abastecimientos, y huyendo de molestar al país, dispuso que el 4.º ejército y el de reserva regresasen á España y se estableciesen en la frontera, prontos á acudir á cualquier llamamiento. Freire se situó en Irun, y Jiron en el valle del Baztan: no quedó con los anglo-portu-



tugueses más que la división de Morillo y la 2.ª, poco después enviada á situarse sobre el Nivelle.

Tomó también Wellington esta resolución porque por entonces no pensaba adelantar sus movimientos hasta saber el resultado de las operaciones de los ejércitos del Norte por la parte opuesta de la Francia. Sólo quiso cruzar el Nive superior adelantando su derecha para colocarla en mejor país y asegurar sus posiciones. Hill ejecutó felizmente este deseo el 9 y 10 de Diciembre.

Trató Soult de oponerse, pero en vano: las acometidas que dió por espacio de tres días contra la izquierda fueron todas rechazadas, y las que en seguida (el 13) dirigió contra la derecha aún fueron ménos afortunadas pues no lograron siquiera momentánea ventaja.

Las bajas que tuvieron los ejércitos de ambos campos en estos cinco días de combate subieron á once mil hombres, por mitad cada uno. Soult, en vista de todo, aunque tenía aún cincuenta mil infantes y seis mil caballos, se limitó á la defensa, colocando á su derecha apoyada en el campo atrincherado, su centro en las márgenes del Adur hasta Por-de-Lanné, y su izquierda por las del Bidouse hasta Saint-Palais, con varios atrincheramientos y fortificaciones á un lado y á otro de esta línea. Wellington se aseguró en la suya, que desde la costa, detrás de Biarritz, se dirigía por la carretera hasta el encuentro del Nive, por cuya márgen izquierda se dilataba hasta Villefranche y Urcuray.

Las operaciones de las demas tropas que quedaron dentro de España habían venido á depender, en uno y otro campo, del éxito de las del grande ejército aliado; y, sino tan venturosas, fueron también lisonjeras á la causa nacional.

En Cataluña fueron de escasa importancia los sucesos. Manso acometió bruscamente la línea enemiga del Llobregat el 10 de Setiembre y la desbarató en Pallejá.

En desquite Suchet hizo atacar en la noche del 12 al 13 la fuerte posición del Orda ocupada por un regimiento británico, otro calabrés y una brigada de Sarsfield. Tres embestidas die-

ron á la izquierda, donde estaban los españoles; las tres infructuosamente. Pero acometieron en seguida la derecha; y siendo allí más afortunados, tuvieron el centro y la izquierda que retirarse hácia San Sadurn para ampararse de las fuerzas de Copons. Suchet, temeroso de la actitud que tomó Bentinck, y ostigado incesantemente por Manso, no fué en su seguimiento; se retiró á su línea; y los aliados hicieron otro tanto á la suya de Tarragona, dondó tomó el mando en jefe sir Guillermo Clinton.

Después imposibilitó á Suchet de emprender nuevas operaciones la reducción que experimentaron sus fuerzas, por entonces de unos treinta y dos mil hombres: los dos mil italianos de la división de Severoli regresaron á Italia; dos mil cuatrocientos alemanes fueron desarmados en Barcelona, y de varios cuerpos fueron llamados otros tantos á Francia.

En sus anteriores dominios de Valencia perdió Suchet á Morella, rendida el 22 de Octubre, y á Denia el 6 de Diciembre, entregándose prisioneras de guerra las guarniciones.

Todo sonreía á España entonces, pues Napoleón, derrotado en Leipzig á mediados de Octubre, por la coalición del Norte, había tenido que repasar el Rhin, casi desamparado de sus aliados, y se agitaba en vano en París por reanimar el cadáver de su gigante fortuna.

Dando á su venganza la necesaria tregua, reparte halagos, vanas promesas, contestaciones vagas, á las moderadas proposiciones que desde Francfort le hacen los aliados del Norte exigiéndole que restituya la Francia á sus anteriores límites, el Rhin, los Alpes y los Pirineos, dejando libres é íntegras la Alemania, todos los estados de Italia y España. Esto, á sus ojos, era pedirle que deshojase con su propia mano sus laureles, y asesinase el presente y el porvenir de la Francia. Hizo, pues que el senado mandase levantar trescientos mil hombres para emprender de nuevo la guerra; pero los aliados, descubiertos así sus intentos, resuelven invadir la Francia inmediatamente, haciéndose preceder de una declaración fechada en Francfort el 1.º de Diciembre, en la cual manifiestan que no es contra ella contra quien se dirigen sino contra el hombre cuya ambi-



ción ha trastornado la paz de Europa en daño de la misma nación francesa, reconociendo al par la conveniencia de la conservación de ésta en sus justos límites para el mantenimiento del equilibrio europeo. Tres poderosos ejércitos cruzaron en seguida el Rhin y pisaron las entrañas de la Francia.

Napoleón abrió tratos secretos con España, quizá más sinceros, porque hacia algún tiempo que ya no la miraba como una nación envilecida, reconociendo á su pesar aunque tarde, que la tempestad que ahora estallaba sobre su cabeza había empezado á formarse en el sangriento charco del dos de Mayo y el cenagal de Bayona. José, autorizado por él había aprovechado la primera ocasión que se le presentó de renovar las gestiones antes hechas en las Cortes. Animados los emisarios secretos que tenía en Cádiz con el disgusto que produjo la pérdida de Valencia, agitaron sus intrigas valiéndose de las sociedades secretas que la dominación francesa había extendido en España. Empero sus maquinaciones, aunque favorecidas por hombres que pasaban por muy adictos á la causa nacional, y quizá por algún ministro más codicioso de dinero que leal, no dieron resultado ninguno. Después pensó José atraerse la voluntad de los pueblos llamando también á Cortes, según el ministro Azanza se lo aconsejara, no como un remedio de los males sociales, sino como un arma defensiva, pues le decía que era conveniente *levantar altar contra altar*. Hizose que el ayuntamiento de Madrid, una diputación de Valencia, y otras autoridades pidiesen la convocación; mas ni esto llegó á verificarse, así por el aborrecimiento que se sabía tenía Napoleón hácia toda reunión popular, como por la mala disposición de los pueblos para cuanto procediese del gobierno intruso.

Viendo que eran vanos estos recursos, cuando llegaron los días aciagos para Napoleón de fines de 1813, envió un emisario secreto á Valencey, el conde de Laforest, con una carta cuya sustancia estaba contenida en estas líneas: «Primo mio: Las circunstancias actuales en que se hallan mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios

de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república... Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.» (Saint Cloud, 12 de noviembre.) El emisario encargado de completar de palabra las apuntaciones siniestras que acabamos de transcribir, cuando vió que eran éstas poco eficaces, las abandonó, por otras: ya no era una república lo que los ingleses querían establecer en España, sino un cambio de dinastía, sustituyendo á la de Borbon la portuguesa de Braganza. Para evitar lo cual le dijo primeramente: «Que, si aceptaba la corona de España que el emperador quería volverle, era menester que se concertase con él sobre los medios de arrojar á los ingleses de ella,» y por último se limitó á preguntarle «si al volver á España sería amigo ó enemigo del emperador.»

Fernando, sorprendido por una proposición tan inesperada, pidió tiempo para contestar; después, de acuerdo con su hermano y su tío, dicen que contestó de palabra y por escrito en estos términos: yo estoy siempre bajo la protección de V. M. I. y siempre le profeso el mismo amor y respeto de que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nación española y por consiguiente de la junta. V. M. I. me ha traído á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede V. M. I. hacerlo, pues tiene medios para tratar con la junta que yo no tengo; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aquí en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aquí con anuencia de V. M. I. diputados de la junta para enterarme de los negocios de España; ver los medios de hacerla verdaderamente feliz, y para que sea válido en España todo lo que yo trate con V. M. I. y R.

Si la política de V. M. I. y las circunstancias actuales de su imperio no le permiten conformarse con estas condiciones, entonces quedaré quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde per-